



## CAPITULO LXXIV

### La Santa Madre Iglesia

**D**URANTE tres días, el lago volvió á recobrar su calma, y el marqués creyó que vivía en el mejor de los mundos posibles.

Seguía confiando siempre en sus buenas relaciones.

Las buenas relaciones son, á juicio del que las tiene, la negación absoluta de lo justo y lo legal, la del derecho, la de la moral y la de la lógica.

De todo esto carecía él; todo esto abonaba la conducta de su esposa.

Sin embargo, estimaba que el deseo de un ministro, de servir á un amigo, significaba más que todas aquellas cosas, por las que hubiera clamado, viéndose sin aquellas valiosas amistades.

No hubiera discutido la razón de su mujer.

Creyó que no la tenía para quejarse; que debía haber tolerado su conducta sin murmurar.

Después de aquellos tres días, una mañana se presentó en su casa Diego Sarmiento.

Como tenía confianza con él, le recibió en su alcoba, sin abandonar el lecho.

—¡Pero usted no se ha movido!—le dijo el abogado.

—¡Cómo que no!

—Quiero decir que no ha puesto usted en juego sus relaciones...

—¿Después de hablar al ministro de Gracia y Justicia?

—¿Y qué le ha prometido?

—Dirigirse al juez que entiende en el litigio, á fin de que le aplazara para las calendas griegas.

—Pues debe haberse olvidado de la promesa...

—¿Cómo?

—A menos que el juez la haya archivado.

El marqués se incorporó vivamente.

—¿Por qué me dice usted eso?—preguntó.

—Me lo indica lo que pasa.

—¿Y qué es ello?

—He presentado un escrito contra las dos demandas, ofreciéndome á pagar la acción.

—¿Y bien?

—Ha sido desechado por el juez.

—¿Desechado?

—Si; con un lacónico «no ha lugar.»

—¡Imposible!

—Lo que me parece imposible es que el ministro le haya hablado.

—¿Después de prometérselo?

—Los excelentísimos tienen muchas cosas metidas en la cabeza, que se empujan las unas á las otras.

—¿Pero dada la amistad que media entre los dos?

—Yo me atengo á la recusación del juez.

—¡Ese hombre tiene ganas de obtener su cesantía, y está haciendo lo posible para conseguirla!

—¡O lo otro!

—¿No opina usted lo mismo que yo?

—¡Me guardaré muy bien, pues parece que usted en este asunto, no opina lo cierto!

El marqués desde aquel momento no pudo disimular su inquietud.

Las palabras del abogado eran muy significativas.

Sobre todo, la conducta del juez echaba la llave á sus esperanzas.

Sobre aquella denegación del escrito sucumbía la promesa del ministro de Gracia y Justicia.

Acaso, como decia Sarmiento, se había olvidado del asunto.

Era lógico el suponerlo, dada la conducta del juez.

Sin embargo, no fué así.

El marqués y Sarmiento estaban equivocados, si bien el segundo se hallaba más cerca de la verdad.



Acababa de salir el marqués, tres días antes, del ministerio de Gracia y Justicia, cuando se presentó el obispo de X... en solicitud de hablar al ministro.

Un excelencia se pone siempre á disposición de un usía ilustrísima, y donde está un obispo el ministro no es el jefe.

Este había escrito una carta para el juez, recomendándole el asunto del marqués, aunque sin mardarla aún á su destino.

Se preparaba ya para trasladarse á palacio, cuando le anunciaron la presencia del prelado, y su pretensión.

Salió á la puerta á recibirle, besando reverentemente el anillo, como humilde oveja del rebaño de Cristo, que está en presencia de un delegado del pastor.

Después de cambiar los cumplimientos de circunstancias, el obispo, que no quería perder el tiempo, le dijo:

—No pienso ser molesto á vuesencia: ya sé que hoy tiene consejo.

—Señor,—interrumpió aquél,—la Iglesia no debe dar tratamiento á los seglares, cuando no ocupan una posición que lo disculpe: hecha esta salvedad, ruego á vuestra ilustrísima que prosiga.

El obispo se inclinó, y dijo:

—Pues bien; vengo á recomendar á usted un asunto que atañe personalmente á una dama recluída en un monasterio de esta Corte. La señora marquesa de Moratalla.

—Ya ha llegado á mi noticia ese asunto y tengo escrita una carta para el juez iustructor.



El ministro señaló á la que había encima del pupitre, creyendo que el obispo, hablando por el marqués, iba á recomendarle.

El prelado replicó:

—No me expresé bien hace poco; mi presencia aquí no impetra de usted una recomendación, á la que se opondría mi carácter; sólo he venido á pedir justicia.

—¡Justicia!—repitió el encargado de hacer que se administrase con equidad.

—En pró de esa señora que la reclama.

—¡Ah! ¿Viene vuestra ilustrísima de parte de la marquesa?

—No, de la mía. Me ha explicado el derecho en que se apoya, previniendo el caso en que su marido trate de recusar su petición... ¡caso probable por desgracia!

El ministro no creyó oportuno decir que Moratalla recusaba efectivamente aquella conducta.

Calló, porque hablaba con quien iba á pedir lo contrario que le pidiera el marqués.

Aquella súplica del prelado le hizo rectificar su opinión.

No se trataba ya de una excitación de los nervios de la marquesa.

La cosa tenía raíces más profundas: era una enfermedad que presentaba caracteres mortales.

Dos personas se valían de él, cada una con distinto deseo.

El obispo quería que no se opusiera á la acción de la justicia, sin poner en uno de los platillos de la balanza su influencia personal, ni la de la Iglesia.

Mientras que el marqués pretendía todo lo contrario, es decir, que se barrenase la ley en su favor; que se dijese al juez, señalando á la marquesa: «Ten algo de Pilatos, aunque prescindas de la ceremonia de lavarte las manos para no llamar la atención de los discípulos.»

El obispo miraba á la carta que había sobre el pupitre.

Aquella, combinada con la sorpresa que el ministro no podía ocultar del todo, le indicaba claramente que el marqués le había precedido, extraviando la opinión que podía tener su amigo.

No dejó entrever esta sospecha, pero si dijo en favor de su gestión:

—Que la justicia y el derecho están de parte de la pobre señora, no hay que ponerlo en duda, pues la conducta del marqués, á quien yo no trato de herir, lo proclama en alta voz.

El ministro bajó la cabeza, como quien asiente, ó como quien no dice nada.

Su anciano interlocutor prosiguió:

—Bien pública es la conducta de ese... caballero, á quien yo no trato de calificar, porque no soy llamado á juzgarla; mantiene relaciones ilícitas con mujeres galantes, señaladas con el dedo de la opinión, en contra de su espo-

sa legítima, la que le ha dado la Iglesia, autorizándolo con la bendición de uno de sus ministros.

—Sí,—dijo su interlocutor, para que el prelado no se lo dijera todo.

—Esto origina gastos locos, locos y desatinados, que autorizan las dos demandas de la marquesa. Usted es letrado, antes que ministro, y comprenderá perfectamente lo que estoy diciendo.

La señora marquesa se apartó de la compañía de su esposo, creyendo que esta cuerda y prudente determinación le haría volver sobre sí, reconociendo lo errado de su conducta.

A otro hombre cualquiera le hubiera servido de aviso amistoso y elocuente.

Al marqués no.

Desde aquel momento se creyó desligado de todo compromiso con su compañera; acaso la consideró lo mismo que si hubiese muerto... ¡quién sabe!

Y con el mismo desenfreno que antes, porque ya más no cabía, se entregó á sus ilícitas amistades, y á las dilapidaciones, á los derroches que éstas llevan consigo.

No debe extrañarnos que esto haya concluido por llamar la atención de la marquesa, haciéndola de sus intereses, y de los miramientos que debe á su propio decoro.

—En esto no hay más que el escándalo que resultará de la acción judicial, tanto más lamentable cuanto que recae en una familia distinguida y de algún viso entre la buena sociedad.



—Pero hay que atender á que el escándalo se ha dado ya, y se está dando por el marqués, y que su esposa trata de cortarle.

—Si...

—Además, antes de recurrir á ese extremo, creo que le ha amonestado amistosamente, pintándole las consecuencias que pudiera acarrear su desatentada conducta.

—¡Lo siento por el marqués!

—¡Y yo! Aun cuando no frecuento su amistad, le aprecio... creo que obra mal por inducción de amigos poco leales.

—¡Podrá ser!

—Si él se reconociese...

—Tiene mucho amor propio para hacer lo que tomaría por una humillación.

—Quién sabe si por este medio la marquesa conseguirá una reconciliación sincera.

—¡Mucho lo dudo!

—Yo no; hay hombres que acaban por reconocer sus culpas; eso nadie mejor que los ministros de Dios lo saben... mire usted, no hay quien me quite que la marquesa y su esposo acabarán por vivir juntos, volviendo á las delicias de la luna de miel.

---

El tono que el obispo dió á sus palabras, indicaba que el prelado creía todo lo contrario.

El ministro lo comprendió así, aunque no lo manifestó por ningún signo ostensible.

La gestión del reverendo mitrado en aquel asunto parecía algo interesada en favor de la marquesa, excluyendo á su marido de aquel interés.

Esto se adivinaba, tanto en sus palabras como en las miradas que dirigía á la carta; parecía que hubiera dado algo más que indulgencias, al que le enterase de su contenido.

Aquellas miradas tenían algo de sospechosas para la intención del ministro.

Comprendiéndolo así, y después de pedir la venia al prelado, rompió el sobre, sacó el pliego, y la dividió con fragmentos.

Con esto podía darse el obispo por satisfecho.

Era el primer triunfo que conseguía.

---

—Yo creí que se trataba de otra cosa,—dijo el ministro, —y así no vacilé en recomendar el asunto al juez...

—Pero no en favor de la justicia, aunque supongo que usted creería lo contrario.

El astuto obispo asestaba el golpe retirando la mano, pero dejando el acero en la herida.

—¡Así es!—contestó el otro, que momentos antes aplaudía la conducta del marqués, valiéndose de sus relaciones para desviar de su lado la acción de la justicia.

—¿Y ahora está usted convencido de lo contrario?

—Completamente.

—Lo celebro, porque esto honra á la imparcialidad de su conciencia.

¡Sabe Dios el juicio que formaría el prelado de la conciencia del ministro!

El mismo, probablemente, que éste abrigaba del amor á la justicia de aquél.

Pero en el mundo hay que disimular.

Las mejores comedias no son las que se ven en el teatro, ni tampoco son los mejores cómicos los que las ejecutan.

Muchas veces se da la ocasión de recordar esta célebre redondilla:

«El mundo comedia es,  
»y los que ciñen laureles  
»hacen primeros papeles,  
»y á veces el entremés.»

---

Pero se trataba de que el prelado saliese de allí perfectamente convencido del éxito de sus gestiones en pró de la marquesa.

El ministro escribió una carta particular al juez, que luego leyó en alta voz.

En ella se le recomendaba eficazmente que en el asunto de la marquesa de Moratalla se atuviese á lo que pres-



cribe el derecho, que es precisamente el modo de hacer justicia, desechando en su rectitud las recomendaciones que pudieran hacerse por personas interesadas en el desprestigio del poder judicial, y en una profesión tan sagrada como lo es la de la magistratura.

No podía hacer más un jefe sobre un subordinado, admitiendo que en el ejercicio de su profesión, un juez pueda estarlo á un ministro.

El prelado fingió que quería ahorrarse la audición de aquella carta, teniendo confianza en la rectitud del ministro; pero sus esfuerzos para no oirla no fueron muy firmes, y no perdió ni una sílaba.

—¡Está perfectamente!—dijo.

El ministro hizo sonar un timbre, y dió la carta al portero para que cuidara de que llegase á su destino inmediatamente.

No podía quejarse de él el obispo.

Le acompañó hasta la puerta de la antesala, donde volvió á besar el anillo, después que el prelado le dió su bendición, sin retirarse hasta perderle de vista.

---

Una vez en su despacho, mientras se disponía para salir, hizo este breve monólogo:

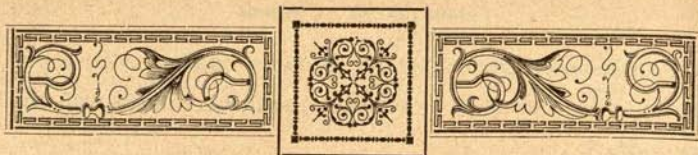
—¡Vaya por Dios! El marqués está en desgracia, y lo siento... es una honra el que la Iglesia se mezcle en nues-

tros negocios... pero creo que él daría cualquier cosa por declinar ese honor en el asunto que la marquesa trae entre manos.

Yo creo que de esta hecha se queda sin mujer, no quedando viudo, y sin bienes de fortuna, no estando arruinado.







## CAPITULO LXXV

### El padre Júdez y compañía

No pudo el marqués conocer, ni tener noticia de esta importantísima escena, porque su amigo el ministro, á quien no vió en aquellos tres días, tuvo muy buen cuidado de ocultársela.

Las malas nuevas deben saberse lo más tarde posible. Aquel excelentísimo señor, sin duda practicaba esta piadosa máxima.

Por eso su admiración subió de punto al recibir la visita del abogado, y mucho más al oír sus razonamientos.

¿Pero cómo se oponía un juez á la voluntad de su jefe?

Porque el marqués no podía abrigar ninguna duda, habiendo leído la carta del ministro.



Sólo que ignoraba lo principal, á saber, que aquella carta se había destruido en el despacho de su excelencia.

¿A quién acudir entonces? ¿Al presidente del gabinete?

El marqués hubiera podido provocar una crisis con tocar ese resorte.

Acaso tuvo compasión del país y no quiso privarle de ninguno de sus ministros.

Después de las últimas palabras del abogado, hubo una corta pausa, que el marqués empleó en reflexionar sobre lo que le pasaba.

Pero Sarmiento atajó sus reflexiones diciéndole con lealtad, aunque con rudeza:

—Desde el comienzo de esta cuestión ha hecho usted oídos de mercader á mis insinuaciones... aunque bien sabe Dios que yo no me ofendo por ello.

—¿Qué insinuaciones eran esas?—preguntó aquél.

—Le dije á usted que en la resolución de la marquesa estaba bien patente la mano del clero, toda vez que hoy vive recluida en una celda.

—¡Del clero!

—¿Aun duda usted?

—¿Pero en qué apoya esa aseveración?

—En que hoy esa señora está bajo la inmediata dependencia de su confesor. ¿Sabe usted quién es?

—No me he ocupado de ello.

—Es lo primero que debía usted haber procurado saber antes de que yo le ganase por la mano, porque el

hombre debe conocer á las personas con quienes tiene que habérselas.

—Supongo que se tratará de un cura gotoso y averiado, como una mercancía que está mucho tiempo en el almacén.

—Pues supone usted muy mal; se trata de todo lo contrario. El padre Júnez es un jesuita relativamente joven, y goza de grande y merecido crédito en la Compañía.

—¡El padre Júnez!—exclamó el marqués aun con marcada indiferencia.

—No tiene rival en el confesonario y á la cabecera de un moribundo rico, pero incrédulo, hace verdaderos milagros, que aumentan los bienes terrenales de la Compañía.

—¿Y ese es el confesor de la marquesa?

—Y el que probablemente habrá hecho nacer en ella la idea del divorcio.

—¿Es decir?...

—Es decir que cuando la marquesa muera, su inmensa fortuna pasara á la Compañía de Jesús.

---

El marqués dió un salto en la silla.

Hasta entonces no se había hecho cargo del lazo que inconscientemente le tendía su mujer, ni había medido la profundidad del abismo abierto á sus plantas.

—¡Dios de Dios!—exclamó.—Amigo Sarmiento, acaso tenga usted razón.

—¡Mucho lo temo!

—¿Pero sabe usted algo concreto?

—No.

—Entonces...

—No hago más que sospechar, con probabilidades de no salir engañado.

—¿En qué basa usted sus sospechas?

—El juez ante quien presentó la demanda la marquesa es íntimo amigo mío; nos tuteamos, puesto que hemos sido condiscípulos.

—Esa coincidencia puede favorecerme.

—No lo espere usted; es un hombre sumamente rígido en los asuntos de su profesión, y nadie hasta ahora, ni aun su misma mujer, ha logrado torcer su voluntad.

—¿Ha hablado usted con él?

—Ayer mismo, después de su negativa.

—¿Y qué dijo?

—Nada en sustancia.

—¡Nada!... ¡eso es muy poco!

—Pero me dejó que penetrara en el interior del asunto.

—¡Ah!... entonces usted que es muy perspicaz, vería, adivinaría algo.

—Adiviné en efecto... deduje...

—¿El qué?

—Que en ese litigio hay algo más que la voluntad de la marquesa.

—¿Sí?



—Que se trata de algo más alto que la más alta recomendación en favor de usted... y lo prueba el que no ha servido la del ministro de Gracia y Justicia.

—Eso es muy cierto.

—El juez, á pesar de todo, está decidido á ponerse como siempre, del lado del derecho... y fuerza es confesar que en este asunto el derecho no se llama marqués de Moratalla.

—¡Sarmiento!

—Es un derecho femenino.

—¿Pero en quién he depositado yo mi confianza?

—Esto lo digo aquí, en el seno de la amistad que nos une, en estrados diré otra cosa.

El marqués le tendió la mano, mirándole.

—¿Conque todo ello es obra de los jesuitas?...

—Eso creo.

—¿Y mi mujer está inocente?

—Puede ser como un juguete en sus manos.

—¡Oh! ¡qué maquinación!

—Como todas las de esa compañía que tiene al mismo tiempo que la dulzura de la oveja, la paciencia del gato, y la ferocidad del chacal!

—¿De modo, que debo considerarme derrotado?

—Completamente... á menos que...

—¿Qué?

—Que se proponga el señor marqués birlarles la partida: tiene en sus manos las cartas de ganar.

—¡Yo!

—Lo tengo por indudable.

—¿De qué modo?

—De uno muy sencillo.

—Sepamos.

—Basta, á mi juicio, con que haga una visita á la marquesa.

—¡Sarmiento!

—Insisto... y sino, tanto peor para usted... sólo que entonces no debe quejarse de la triste situación en que se encuentra.

---

Reinaron algunos minutos de silencio.

Sarmiento se entretenía, al parecer con indiferencia, en trenzar el fleco de la colcha, tendida sobre el lecho del marqués.

Este reflexionaba acerca de lo que acababa de oír.

¡Solicitar una audiencia de la marquesa después de tantos años de separación y de desprecios!

¿Se la concedería aquélla?

Y dado caso que lo hiciera, ¿qué la iba á decir?

Tendría que caer á sus plantas, entonando el *yo pecador*, humillarse, arrastrarse como los reptiles, en solicitud de un perdón que acaso no iba á obtener.

Odiando, tendría que fingir cariño, hacer profesión de

una fe que no sentía, de un afecto de que estaba su pecho descubierto.

Logrando un buen éxito, saldría de las Calatravas, dando el brazo á su mujer para conducirla á su casa, representando el papel en parodia, del esposo del *Cantar de los Caniaries*.

La prensa hablaría con chacota de aquel asunto, y los ciegos cantarían en las plazuelas y esquinas de la villa, con acompañamiento de bandurrias y guitarras, algún bonito romance, intitulado *La conversión del señor marqués de Moratalla*.

¡Qué triste fin de una vida de aventuras y de galanteos!

¡Es lástima que entonces se hubiera hecho ya viejo el idilio, relegando al país de algunos abanicos!

¡Imposible!

El marqués no podía descender tan bajo.

¡Ah! ¿No había descendido ya hasta el extremo de adular á mujeres despreciables, cuya compañía evitaban las mujeres honradas?

Pero el marqués se explicaba todo esto á su manera, y se dejaba caer en el cieno de una vida llena de desórdenes, porque aquel cieno era dorado.

---

Después de aquella pausa exclamó, como hablando



consigo mismo, y prescindiendo de la presencia del letrado:

—¿Ver yo á la marquesa?... ¿Buscarla, después de tantos años de abandono?

—¿Qué cosa tan natural?—replicó Sarmiento.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—La dignidad me lo impide.

—Marqués... no tomemos las cosas al revés de lo que son; dispense usted que le hable de este modo, pero ahora no soy su abogado, sino su amigo leal: la dignidad ha debido impedir á usted obrar con su esposa, como ha obrado hasta aquí.

Moratalla bajó la cabeza, no encontrando razones que oponer á lo que oía, mientras Sarmiento prosiguió:

—Reflexione usted sobre lo que le he propuesto; su gestión puede salvar á los dos y á usted del ridículo, y á la marquesa del espolio que se intenta hacer con ella.

—¡Cuándo se lo procura á costa de su esposo!...

—Inconscientemente; ¿cree usted que los jesuitas le habrán explicado el verdadero objeto de sus manejos?

—Pero... ¿acaso me recibiría, si yo intentara...?

—Me atrevo á asegurarlo.

—¡No la conoce usted bien!

—Porque la conozco, abrigo esa confianza. La marquesa no puede negarse á una petición tan justa, hecha por su esposo.

—Ha solicitado el divorcio.

—Le solicitan en su nombre los jesuitas y ella no.

—¿Pues quién firma la demanda?

—¡Quería usted que la firmase la Compañía de Jesús! Ellos lanzan el dardo, pero esconden la ballesta.

—Yo no puedo olvidar la conducta de mi esposa en esta ocasión.

—Vamos á ver, marqués amigo: ¿quiere usted que yo me presente en los Calatravas para prepararle la entrevista?

Moratalla le miró sorprendido, y como agradeciéndole la oferta.

—¿Haría usted eso?—le dijo.

—En obsequio de usted, ¿por qué no?

—Sin embargo...

—Abrigo la confianza de que usted obraría de igual modo tratándose de mí.

—¿Y arrostraría usted una negativa?

—No creo que esté la marquesa en ese tenedero; pero si lo está, le diría tales cosas que... que puede que me acompañara, sin dar lugar á que su esposo fuera á buscarla.

---

La proposición de Sarmiento no podía ser más generosa: era proposición de amigo leal.



El marqués estuvo algunos segundos sin replicar una palabra.

—¡Vamos!—exclamó aquél, interrumpiendo sus reflexiones.

El marqués repuso:

—Por lo mismo que es usted un amigo desinteresado, no quiero exponerle á los sarcasmos ni al desprecio de mi querida esposa.

—¡Pero marqués!...

—¡Libreme Dios de acceder á tan generosos propósitos! Los agradezco, pero no puedo autorizarlos.

—Está bien, señor marqués: constará siempre que ha sido usted el autor de su propia desdicha.

—¿Usted lo cree?

—¡Es indudable! Los jesuitas acabarán por triunfar de la marquesa y de usted. No tan sólo logra usted su ruina, sino que arrastra en ella á una persona que debiera respetar... siquiera por el tiempo que ha vivido á su lado, compartiendo con ella el pan y el techo.

---

Sarmiento se levantó.

La misión amistosa había terminado.

—¿Qué hacemos?—le preguntó el marqués, viendo que se desvanecía su última esperanza, personificada en aquel hombre.



El letrado contestó, sin mirar al que de amigo había pasado á cliente.

—Esperar á que el juez nos cite, para ver si tenemos alguna cosa que alegar.

—¿Y luego?

—Vendrá... no el divorcio, porque en España, por fortuna, no se extreman tanto esas cuestiones, pero sí la separación judicial...

—¿Es decir, el escándalo?

—Precisamente.

—¡Oh!

—Y no será solo: después queda el consejo de familia, de que formará parte el padre Júnez, en representación tácita y simulada, de la Compañía de Jesús, la declaración de pródigo, la incapacidad legal en que se le declare para administrar su fortuna, la pensión que se le asigne, una pensión modesta, que le dé para comer un cubierto de seis reales en un *restaurant* económico, y... nada más.

—¡Nada más!—exclamó el marqués con desesperación, mezclada de vergüenza.

—¡Ah! sí; al señor marqués de Moratalla le será dado distraer sus ocios, partiendo piñones en la puerta de Toledo, los días de invierno, en que haga sol.

—¡Sarmiento!

—Adiós, señor marqués.

—Pero...

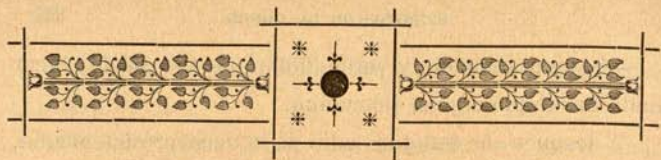
—Soy un abogado, y ya he dicho que no puedo hacer nada hasta que el juez determine.

Y después de saludar, salió de la aristocrática alcoba, sintiendo que por la tenacidad de su cliente, se cambiase por otra más modesta.

CAPÍTULO LXXVI

Ellicónic el audicón





## CAPITULO LXXVI

### Edificando al auditorio

**U**do aquel día el marqués permaneció en su casa, sin abandonar el lecho.

Por la tarde se sintió con fiebre.

Tuvo intención de hacer que avisaran á Geneveva, que no hubiera demorado su presencia.

Pero desistió.

—¿Para qué incomodarla?—se decía.—Ella, tan alegre y amiga de divertirse, se va á aburrir. Ni tiene nada de agradable el estar horas y horas al lado de un enfermo, poniéndole en la frente paños remojados en alcohol, propinándole tisanas y consuelos... ¡pobre muchacha! ¡Bonito rato le iba á proporcionar!... además de que no podría desahogarme delante de ella... á menos que no la diese



cuenta de mi situación... ¡Dios me libre!... ¡oh! ¡Los jesuitas mezclándose en mis negocios!...

Después reflexionó sobre las palabras de su abogado.

Estaban llenas de razón y cordura, sus apreciaciones eran exactas, y atinados sus consejos.

Pero á pesar de reconocerlo así, no se proponía seguirlos.

Todo, menos presentarse ante la marquesa, que le recibiría airada... ó que acaso no le recibiría.

Pero al mismo tiempo dirigia sus miradas á todas partes, apreciando el *comfort* de su alcoba, y el gusto que presidía en su gabinete.

¿Cuánto tiempo iba á durar todo aquello?

¡Quizás muy poco!

Tendría que abandonar la elegancia y suntuosidad de aquella morada señorial que levantó el padre de Sofia á sus millones, por la habitación desmantelada, fría y sin alicientes, de algun hotel, donde le diesen de comer, á tanto el cubierto.

¡El, que tenía un cocinero tan hábil, que había hecho las delicias de tantos diplomáticos y magnates en mesas de Estado!

Era preciso renunciar á todo aquello, reducirse, economizar.

¡Palabra terrible para un pródigo!

El marqués hasta entonces solo había economizado los disgustos, dando á su vida la mayor cantidad de alegría que le fué posible.

En adelante le era preciso seguir el derrotero que le señalaran los individuos de la Compañía de Jesús.

Por que Sarmiento le había dicho terminantemente que en aquel litigio triunfaría la marquesa.

Y el abogado, no era hombre capaz de engañar á los que le honraban con su confianza.

Además, era amigo del marqués, y estaba acostumbrado á hablarle claro y sin telarañas.

No había que hacerse ilusiones sobre el asunto, ni en buscarle otra solución más placentera.

Pasó la noche en completa vigilia; era ya muy entrado el día cuando pudo conciliar el sueño, que no tuvo nada de reparador, pues fué intranquilo y cortado.

A las once se vistió, mientras le preparaban el carruaje.

Quería intentar el último esfuerzo, visitando á su amigo el ministro de Gracia y Justicia, que se dispondría á almorzar á aquella hora.

---

Pero la tal visita fué infructuosa, porque de ella no sacó nada en limpio.

El ministro le recibió con la sonrisa en los labios, invitándole á almorzar.

Moratalla declinó el honor de digerir en su estómago manjares ministeriales, aderezados con salsa de excelencia.

No habia ido allí á comer, ni ya le tentaba como antes, una buena mesa.

Y el ministro la tenia excelente.

Hablando sobre el asunto, aquel le entretuvo con evasivas, mientras hacia la razón á la tortilla á la francesa.

Nada en concreto.

Que no le habia puesto en olvido, que habia hablado al juez sobre el asunto, solo que este era inflexible y no haria más que justicia á secas.

El ministro del ramo no podia reprenderle por tales propósitos.

No iba á decirle: «Pero asi que usted.»

En una palabra, Moratalla comprendió que el ministro estaba cohibido por alguien, ó por algo, que no obraba con toda la libertad que hubiera querido ver en él.

Por último, le dijo:

—En ese asunto he hecho por usted todo cuanto me ha sido posible.

Lo cual era verdad, aunque hasta cierto punto.

Porque debía haber sido franco, y referir al marqués su entrevista con el obispo.

Pero sin duda no lo consideró oportuno.

---

Esta visita, y la conducta seguida por el ministro, acabaron de descorazonar al marqués, que no quiso prolongar la entrevista.



¿Para qué, si nada había de conseguir?

Al despedirse, le dijo el funcionario:

—Yo creo que esto se arreglaría si usted se proporcionase una entrevista con la marquesa.

La indicación era hecha de buena fe, punto que coincidía con el consejo de Sarmiento.

El marqués salió á la calle, y despidió el carruaje.

Tenía precisión de moverse, de andar, de recibir el aire de lleno.

Sobre todo, de distraer el ánimo.

Empezó á correr calles y callejuelas, pero completamente ensimismado, sin que llamase su atención los escaparates de las tiendas, ni las mujeres bonitas, que tanto abundan en Madrid.

Los que le conocían le miraban de soslayo, exclamando para sus adentros:

—¡El marqués de Moratalla!... ¡qué feliz debe ser!... ¿á dónde irá? ¡Sin duda á aburrir el tiempo! ¡Aburrirle!... ¡nosotros que tenemos que aprovechar los momentos para no morirnos de hambre!... ¡quién fuera él!... ¡quién tuviera una posición desahogada como la suya!... ¡y sin embargo, parece que va triste!...

¡Ah! ¡le envidiaban!... ¡envidiaban al hombre que en aquel momento se hubiera cambiado de buena gana por el obrero más humilde del más ínfimo taller!

Ninguno de aquellos que le admiraban hubiera podido persuadirse de que el marqués, con la cartera llena de billetes de Banco, era un mandado.



Llevaba ya dos horas paseando, sin fatigarse.

Y es que el trabajo mental no se hace cargo de la fatiga que puede experimentar el cuerpo.

A veces, cuando volvía un poco en sí, evitaba los sitios donde pudiera encontrar amigos ó personas conocidas que le detuviesen.

No quería hablar con nadie: se encontraba muy bien á solas, por más que estuviese rodeado de gente.

En tal situación de ánimo, incomoda tener que contestar á preguntas, necias casi siempre, ó mantener diálogos desprovistos de interés.

Lo más que se concede el hombre entonces, es monologar, porque puede interrumpirse cuando le dé la gana, siguiendo el curso de sus ideas, y no el de las de otro.

Esto constituye un tormento indecible.

Sin embargo, hubo un momento en que pensó retirarse á su casa, y fué al pasar por la Puerta del Sol, llena siempre de parásitos, y de gente baldía, como algunos terrenos.

Allí se vió materialmente asediado por vendedores de periódicos, y de jabón, aun no se había inventado el del Congo, y de palillos para la dentadura, y de llaveros *para llaves*, que no sabemos á qué otra cosa puede destinarse un llavero.

Todas las pequeñas industrias y el comercio al por menor, tenían allí sus representantes, sin olvidar los aguadores, y los limpiabotas, y los que venden pulseras de brillantes por diez pesetas, ni los décimos de la lotería.

La Puerta del Sol parece en todo tiempo una reguera del Manzanares, ó un charco donde abundan las ranas.

Esto sin contar los jubilados y los cesantes, que leen periódicos recostados en las esquinas, ó en lós pedestales de los faroles, los que se dedican á proporcionar dinero sobre fincas, y los que hablan de política, y se proponen derrotar al gobierno un día que se levanten de mal humor.

Si á todo esto se agrega el frecuente paso de carruajes y carros, la célebre Puerta del Sol resulta el sitio más incómodo y peligroso que se puede imaginar.

---

El marqués, huyendo de aquel *pandemonium*, tomó por la calle de Alcalá.

—¡Gracias á Dios!—exclamó al verse libre de tanta gritería.—¡Creí que iba á volverme loco! ¡No sé cómo hay quien fije su residencia en ese sitio, ni aun quien, sin absoluta precisión, pase por él! ¡Qué infierno!... ¡qué algarrabía!... la Puerta del Sol hace que uno piense con delicia en la Tebaida, y en el desierto de Sahara.

Haciendo este soliloquio mental se detuvo ante una verja de hierro, abierta junto á un portón de madera.

Era una iglesia.

Los devotos y devotas se daban prisa á entrar.

El marqués, aunque algo indiferente en materias religiosas, penetró también en el templo.



De no hacer oración, era un medio como otro cualquiera de matar el tiempo, de distraerse.

En uno de los lados del altar mayor había un retablo con una Virgen, lleno de cirios y de flores, á quien la piedad de los fieles dedicaba, no sabemos si novena ó triduo.

Cuando el marqués penetró en el templo, ocupaba la cátedra sagrada un sacerdote que se dirigía al auditorio embelesado.

Su figura era simpática, lo mismo que su voz, llena de dulzura y persuasión; sus ademanes no carecían de elegancia y dignidad.

El tema de su discurso era el desprecio que deben inspirar á la criatura que se dedica al servicio de Dios, los bienes terrenales.

Apoyaba esta doctrina en textos sacados de la Biblia y de los Santos Padres.

El sermón resultaba lleno de lógica persuasiva, y deliciosa y tiernamente conmovedor.

Era una oración llena de reflexiones cristianas, que invitaban al que tuviese algo, á repartirlo entre los pobres para ganar la gloria, sentando plaza de menestero.

Moratalla se felicitaba por haber entrado en aquel momento.

Las frases del predicador le conmovían.

Y experimentó una decepción cuando abandonó el púlpito, terminada su oración.

El auditorio, que no se había atrevido á respirar siquie-

ra por no perder una palabra de tan admirable oratoria, respiró libremente.

El predicador le tuvo sujeto á su palabra por espacio de tres cuartos de hora.

Una mujer que habia al lado del marqués, exclamó con aire perfectamente satisfecho:

—¡Dios le bendiga! ¡Jesús que pico de oro!

—¿Le conoce usted, señora?—preguntó Moratalla.

—¿Quién no le conoce en Madrid?

—En efecto, es un buen predicador...

—¡No he oído á otro, ni es fácil que haya nadie que se le iguale!

—¿Quién es?

—Un jesuita.

—¡Jesuita!—exclamó Moratalla frunciendo el ceño.

—Sí: el padre Júnez.

—¡El padre Júnez!

—El mismo. ¡Parece que le ha hecho á usted efecto su nombre!

—¡Ah!... ¡no lo sabe usted bien!

—¿Tenía usted de él buenas noticias?

—¡Excelentes!... ¡Oh, sí, muy excelentes!

Y el marqués crispaba los puños.

Su interlocutora replicó:

—¡No es extraño! ¡Su fama es universal!

El marqués estaba indignado.

Y aquel sermón que tomaba antes por bueno, le parecía una burla.



El padre Júnez se bromeaba con su auditorio que le aplaudía.

¡Predicar el desprecio de las riquezas aquel jesuita que trataba de apoderarse de las suyas!... enaltecer á los pobres, el mismo que procuraba no serlo, por más que al indigente se le abriesen las puertas de la gloria.

¡Oh, sí!

El padre Júnez acababa de dirigir una burla sangrienta á tantas personas honradas allí reunidas.

Habia escarnecido la fe que los devotos tenían en su palabra, engañándoles con una mentira ruin.

El que predicaba el ayuno y la abstinencia, practicaba la gula y la intemperancia, y decía á su auditorio:

«Haz lo que te digo, pero no lo que yo hago.»

---

¿Cómo era posible desde aquel instante tener fe en ningún predicador y escuchar en labios que podían suponerse desautorizados, la palabra divina?

Todo el bien que el marqués había experimentado antes se convirtió en mal, como se convirtió en ira su aquiescencia al convencerse de que el padre Júnez era un verdadero farsante y un embaucador tonsurado.

---

De repente brotó una idea en su imaginación que le hizo estremecer.



Y dirigiéndose á su interlocutora, la preguntó con la voz entrecortada:

—¿Qué iglesia es ésta, señora?

La devota le miró con extrañeza, porque el marqués no tenía traza de forastero.

Únicamente considerándole como tal, se le podía perdonar su ignorancia.

—¿Pero no lo sabe usted?—exclamó aquélla.

—¡Cuando lo pregunto!...

—Sin embargo, tiene usted empaque de haber permanecido mucho tiempo en la corte.

—Como que he nacido en ella.

—¡Parece mentira!

—¿Conque se dignará usted contestar á mi pregunta?

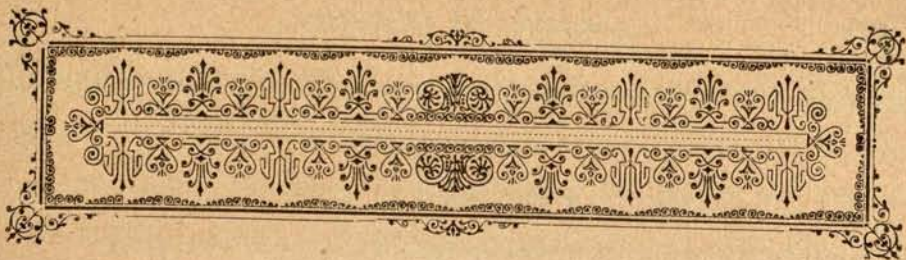
—Pues bien; esta iglesia es la del convento de las religiosas Calatravas.

—¡Las Calatravas!—exclamó el marqués dejando á la devota con la palabra en la boca.

Esta exclamó, guiñando un ojo á otra que tenía á su lado:

—¡Yo creo que ese caballero ha perdido el juicio!





## CAPITULO LXXVII

En vísperas

**E**L marqués se detuvo en la calle.

El destino, la casualidad, le había hecho entrar en la santa casa que habitaba su mujer, oyendo á su confesor.

En aquel momento no pudo menos de recordar las amonestaciones del abogado y las últimas palabras del ministro de Gracia y Justicia.

Ambos le aconsejaron que se proporcionase una entrevista con la reclusa, y él, sin saberlo ni imaginarlo siquiera, había ido á buscarla.

¿Qué quería decir aquello?

¿Era todo obra del acaso?

Tal vez la casualidad le empujaba poniendo al alcance



de su mano aquel medio, que era el único para estorbar lo que indudablemente sobrevendría.

En mil ocasiones había pasado por allí, sin acordarse nunca de dirigir una mirada hacia el convento.

Había pasado, sí, guiando un carruaje en el que le acompañaba su querida, y no había hecho alto en que su mujer podía verle, asomada á aquellas ventanas, cubiertas con una espesa celosía.

Entonces levantó la cabeza, dirigiendo ávidas miradas á aquellos huecos, tras de los cuales se ocultaban acaso tantos misterios.

¿Estaría allí la marquesa? ¿Le vería?

Muchas veces había oído decir que las señoras que abandonaban el mundo por aquel santo retiro, gozaban de cierta libertad que nada tenía que ver con la clausura de las monjas profesas.

No tenía nada de extraño que su mujer se asomase á cualquiera de las ventanas.

¿Qué pensaría al verle en aquella actitud de estatua del comendador?

Porque el marqués no acertaba á moverse, como si sus piés hubieran echado raíces entre los intersticios de las losas de piedra.

Carecía de movimiento, aun cuando la voluntad le impulsaba á alejarse.

Sus miradas no se apartaban de las celosías.

Las gentes que pasaban á su lado le contemplaban con



asombro y extrañeza, y muchos debieron pensar si estaría haciendo el amor á alguna religiosa.

En aquella muda é inmóvil actitud permaneció algunos instantes, sin advertir una escena que tenía lugar á pocos pasos.

Por una de las puertas del edificio asomaron dos sacerdotes, que indudablemente iban á lanzarse á la calle.

Uno de ellos era el padre Júnez.

El otro le detuvo de pronto, y señalando á Moratalla, le dijo en voz baja y cautelosa:

—¡Padre, mire...!

—¿Qué es ello?

—Ese caballero que está mirando hacia las ventanas.

—Bien; ya le veo.

—¿No le conoce?

—No recuerdo haberle visto hasta hoy.

—Es... el señor marqués de Moratalla.

—¡El marqués!—exclamó el padre Júnez, examinándole con curiosidad.

—El mismo. A mi me le enseñaron hace un año, y no se me despinta.

En seguida se pusieron á cuchichear, volviendo á penetrar en el convento, en vez de salir á la calle, como parecía su intención.

Pero ya hemos dicho que el marqués ensimismado, no se apercibió de nada.

Tal era su preocupación.

El también hubiera conocido al padre Júnez, y acaso su presencia le hiciese salir de aquel marasmo con que parecía sumido.

Por último, se recobró, adoptando una resolución.

Y esta fué penetrar en el convento por la misma puerta por la que desaparecieron los dos jesuitás.

---

Atravesó el zaguán con paso firme.

A su derecha había una puerta que comunicaba con una especie de recibimiento, ó antesala, en la que se veían algunos lienzos antiguos, y dos sillones de cuero.

Aquella era la portería.

A la izquierda estaba el torno.

Al ruido de los pasos del marqués sobre el entarimado, apareció por otra puerta una mujer con grandes y redondas gafas verdes sobre la descomunal nariz, que recordaba el célebre soneto de Quevedo.

Tenía en la mano un libro, tal vez de oraciones, cuya pasta estaba mugrienta y sucia por el uso.

—¿Qué se le ofrece, caballero?—preguntó con gangosa voz y tono de antifona.

—¿Es usted la portera?—dijo el marqués.

—Del exterior.

—¿Pero puede comunicarse con las señoras?

—¿Por qué no? Siempre que quiera.

—¿Es hora ésta en que reciben?

—Las monjas, no; las señoras, sí.

—Pues bien; yo quisiera ver á la señora marquesa de Moratalla, por un asunto urgente que la interesa.

—Ignoro si podrá lograr su deseo, porque la salud de esa señora no es muy cabal.

—¡No obstante, si usted quisiera pasar recado...!

—¡De muy buena gana! ¿Pues para qué estoy yo sino para complacer aquellos que se valen de mí?

El marqués hubiera deseado menos complacencia, y menos gazmoñería.

La portera, sin apresurarse, se dirigió al torno, haciendo sonar una campanilla en la parte interior.

Después de un momento se percibió el rumor de unos pasos muy pesados, indicando que los piés se arrastraban.

Era la portera de la comunidad, que acudía.

La del exterior la comunicó la pretensión del marqués.

—Avisaré á la señora Comendadora aunque esté en el coro,—dijo.

Y los pasos volvieron á sonar, como si se alejase la persona que los daba.

Pero se aproximaron nuevamente, y la religiosa preguntó:

—¿Bajo qué nombre he de anunciar á ese caballero?

La otra, volviéndose hacia Moratalla, dijo:

—Ya lo oye usted.



El marqués vaciló.

¿Qué efecto produciría su nombre en su esposa, después de los años que hacía que no resonaba en su oído?

Desde luego adivinaría el propósito que le encaminaba hacia aquel retiro.

Pero era preciso contestar alguna cosa.

Y aqúel, acercándose al torno, dijo:

—La hermana puede anunciar al marqués de Moratalla.

Los pasos volvieron á alejarse.

Entonces la de las gafas, fijó su atención en él.

El marqués la dijo:

—Yo creí que se excusaban estas ceremonias para las señoras que no guardan clausura.

—Siempre hay que dar aviso á la señora Comendadora para que sepa qué clase de personas frecuentan la casa.

—Tratándose de señoras de la nobleza, debe suponer que los que la frecuentan serán personas conocidas entre la buena sociedad.

—Será así; pero yo he recibido esa orden, y mi deber es cumplirla, si quiero conservar mi puesto.

—Hace usted perfectamente.

---

Aquella vez la hermana portera tardó más en acudir al torno.

El marqués empezó á pasear con impaciencia.

La vieja volvió á sus rezos; calándose las gafas, que parecían dos platos de Talavera, embadurnados de verde.

Así pasaron cerca de cinco minutos.

Los piés volvieron á resonar pesados y torpes sobre los ladrillos.

El cargo de tornera exigía una naturaleza joven y fuerte.

El marqués se acercó.

—Aquí estoy, hermana,—dijo.

—Pues bien,—replicó la monja,—en este instante es imposible que vea usted á la señora marquesa.

—¿Tan ocupada está? — dijo Moratalla, visiblemente contrariado.

—Está enferma; su salud deja mucho que desear desde hace unos días.

—Es que yo no soy una persona cualquiera; soy su esposo.

—¡Para servir á Dios!... pero no importa.

—Se trata de un asunto urgente... de interés.

—¿Más urgente y más interesante que la salud?

—Yo no pienso molestarla más arriba de un cuarto de hora.

—¡No creo que sea molestia la presencia de su esposo!

—Por eso insisto.

—En fin, la madre Comendadora no estima conveniente que se vea hoy á esa señora.



—¿Pues cuándo?

—Otro día... tal vez mañana, si su salud lo permite.

—¿Mañana? ¿A qué hora?

—Como está delicada, madruga poco.

—Lo supongo.

—Así es que á las once... creo que sea una hora á propósito.

—No faltaré: ¡hermana, que Dios la tenga en su gracia!

—¡Y á él no le olvide!... como se lo pediré esta noche en mis oraciones.

---

La tornera se alejó con tan buenos propósitos, que hicieron sonreír al marqués.

—¿Qué la importará á esa bruja que el diablo me lleve?  
—murmuró entredientes.

Luego, dirigiéndose á la portera de lo exterior, puso una moneda en su temblona mano, á fin de tenerla propicia para el día siguiente.

Aquella la acompañó hasta la puerta de la calle, deshaciéndose en reverencias y haciendo muecas.

Pero cuando la perdió de vista, exclamó mirando los cinco francos en una pieza que tenía en la mano:

—¡Miren el cicatero!... ¡cinco francos para tanta bambolla de título! ¡Bien podía haberme dado una moneda de oro!

¿Pero el marqués tenía el propósito de volver al día siguiente?

El mismo lo ignoraba.

Aquella tarde le había conducido al convento el acaso; para volver, debía guiarle la voluntad.

Ello es que salió visiblemente contrariado, como cuando uno va á que le saquen una muela, y el dentista no está en su gabinete.

¿Qué necesidad tiene de pasar las horas de aquella noche en la ansiedad consiguiente á su anómala situación?

Podía haber despachado aquella tarde, y saber á qué atenerse.

No podía menos que desconfiar del éxito, en vista de la conducta de su esposa.

Su enfermedad no era grave.

¿Por qué se negó á recibirle?

No quería ser sorprendida, y si meditar en calma la manera con que había de recibirle.

La causa de su presencia en el convento ya debía de imaginársela.

Se trataba de interesar su corazón para que retirase las dos demandas.

Cuando al marqués le hacía sonreír aquella posibilidad de buen éxito, se interponía entre él y su mujer una sombra negra.

La sotana fatídica del padre Júnez.

Sin él, acaso triunfaría.



Pero debía ejercer sobre la marquesa esa influencia fatal del confesonario, que hace que una hija desconozca á su madre, y á veces reniegue de ella.

¡Maldito padre Júnez, que abusaba de la dulzura de sus sonrisas, y de los recursos de su pérfida oratoria!

¡Y eso que Moratalla ignoraba que el fraile conocía ya su visita de aquella tarde, y estaba prevenido para la del día siguiente!

Corrió sin detenerse á casa de Genoveva, acompañándola á comer.

Quería, necesitaba aturdirse.

Así es que sus libaciones durante la comida, fueron no escasas.

La astuta muchacha notó bien pronto que á su amante le sucedía algo extraño, que él disimulaba muy mal.

Nunca le había visto de aquel modo.

Porque el marqués, interrumpiendo su inmoderado regocijo, caía á lo mejor en un mutismo lúgubre, que era cortado por una carcajada.

Pero su manera de reir causaba miedo.

Genoveva procuró con maña sacarle las palabras del cuerpo.

Cosa imposible, porque el marqués se guardaba su secreto, sin que el vino soltase su lengua en el sentido de las confidencias.

Por último, tuvo que renunciar á su empresa, confesándose vencida.

—¡A ti te pasa algo grave!—le dijo acariciándole.

—No.

—Sí.

—Te digo...

—¡No lo niegues, Román! ¿Vas á negarme la perspica-  
cia que me da el cariño que te profeso?

—¿De veras me quieres como dices, Genoveva?

—Sí; pero no te quiero tan reservado.

—Pues bien, la situación de mi espíritu es grave.

—¿Por qué?

—Porque atravieso una crisis.

—Confíate á la mujer que te ama.

—No.

—¿No tienes confianza en mí?

—Es que no quiero afligirte.

—¡Román!

—Yo te revelaré lo que me sucede...

Si salgo bien con mi empresa, mañana á esta hora.

—¿Y si sales mal?

—¡Nunca!... ¡por más que no tardará en llegar á tu co-  
nocimiento... como al de todos!

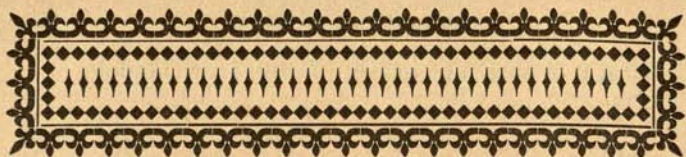
—¡Román!... ¡me causa miedo tu lenguaje!

—¡No me preguntes nada hasta mañana... y pide á Dios  
que también comamos juntos!

Genoveva inclinó la cabeza.

Era ya tarde cuando se separaron los dos amantes.





## CAPITULO LXXVIII

### Amor conyugal

**A** las once en punto de la mañana siguiente, el marqués se anunció en el convento de las Calatravas. La portera del exterior, siempre con su libro de rezos, y sus gafas verdes, pensando en una segunda moneda, aunque fuese de cinco francos, le hizo una profunda reverencia.

Después avisó á la hermana tornera, que acudió tan pronto como se lo permitieron sus achaques.

Esta alabó á Dios, saludó al marqués, y dijo á la portera:

—De orden de la señora Comendadora, puede usted acompañar á este caballero; la señora marquesa está visible, y *se digna* recibir á su esposo.

Moratalla frunció el ceño.

Aquel «se digna» era el primer disparo que se le hacía. Pero no replicó, y se puso en marcha detrás de la portera.

Las señoras de la nobleza que tienen derecho á vivir en las Calatravas, por su alcurnia, disfrutan las comodidades relativas, en su departamento independiente del convento, donde no reza la clausura.

Compónese de tres ó cuatro habitaciones adornadas con severidad, incluso la cocina, pues se las permite tener una criada á su servicio.

Pueden comunicarse con el mundo, recibiendo visitas de su familia ó amigas.

Su vida, aunque monacal, es independiente, y pueden excusarse de asistir á los oficios del coro.

---

El marqués, después de subir una escalera y atravesar varias habitaciones y galerías, se vió introducido en una sala que tenía mucho de celda, ó en una celda que tenía algo de sala.

Su mobiliario consistía en un sofá y media docena de sillas antiguas.

Sobre una mesa de cedro había una urna de madera y cristal, que encerraba un artístico crucifijo de marfil amarillento, y algunos libros místicos esparcidos aquí y allí.



Aquella habitación recibía la luz de una ventana, cubierta con una espesa celosía.

Percibíase allí un olor á cera, alternando con el aroma mundano que exhalaba un ramo de violetas colocado en una jarra de cristal.

Dos personas esperaban la llegada del marqués en aquella silenciosa y retirada habitación, donde reinaba esa calma precursora de la del sepulcro.

Una monja de Calatrava, que por las insignias debía ser la abadesa, y la esposa del marqués.

La primera estaba de pié, junto á un sillón de alto y blasonado respaldo, donde descansaba la segunda.

La marquesa parecía una momia.

No era, ni con mucho, aquella joven alegre, viva y juguetona, que algunos años antes esperaba á su desdichado amante en el jardín de la casa paterna.

Los disgustos se habían amalgamado con los años, para hacer un cadáver de lo que antes era una mujer.

Tenia las manos cruzadas sobre el regazo, y aquellas manos estaban descarnadas y amarillas como las de una muerta.

Parecía que las habían hecho con el marfil que sobrara del crucifijo.

Su palidez era cadavérica, y únicamente en los pómulos había dos rosetones encarnados, señal evidente de una muerte cercana.

Una ligera fatiga, producida por la fiebre tenaz, levantaba su pecho, á intervalos desiguales.

Inspiraba lástima, y la mente experimentaba la necesidad de colocar una cruz de boj bendito entre sus manos y rezar por su alma.

---

El marqués no se esperaba sin duda aquel espectáculo. Al verla, enmudeció.

La emoción no estaba acaso exenta de remordimientos. Ella no le miraba.

Cuando el ruido de sus pasos la indicó que entraba en la estancia, exhaló penosamente un profundo suspirò.

Pero Román era hombre de mundo, y no quería prolongar las situaciones tirantes.

Después de saludar á la abadesa, como una dama que se encuentra en los salones del gran mundo, exclamó dirigiéndose á su mujer:

—¡Sofía!

Esta no despegó los labios.

Aquél prosiguió:

—¿Cómo te encuentras?

Ella dijo con voz lúgubre, que parecía el eco de algún sepulcro:

—¡Muy bien... porque me encuentro muy mal!

Frase de desesperación que helaba la sangre en las venas.

La abadesa manoseaba el rosario que pendía de su cintura; sin embargo, no rezaba ni se movía.

Ostentaba la inmovilidad de una estatua.

Parecía que esperaba la losa de algún sepulcro como pedestal.

El marqués la miraba á hurtadillas, como extrañándose de que no le dejase solo con su mujer, y esperaba este momento para romper el silencio que siguió á su salutación.

Pero ella, al parecer, no abrigaba la más leve intención de marcharse, como si fuera la sombra que proyectara Sofía ó cualquier otro objeto de los que había en la estancia.

Pasaron algunos segundos en esta expectación, que tenía algo de angustiosa y mortificante.

Sólo se oía el débil rumor de la fatigosa respiración de la enferma.

Por último, el marqués rompió el silencio, diciendo:

—Sofía, quisiera hablar contigo un momento de nuestros negocios.

Aquella contestó, aunque con mucho trabajo:

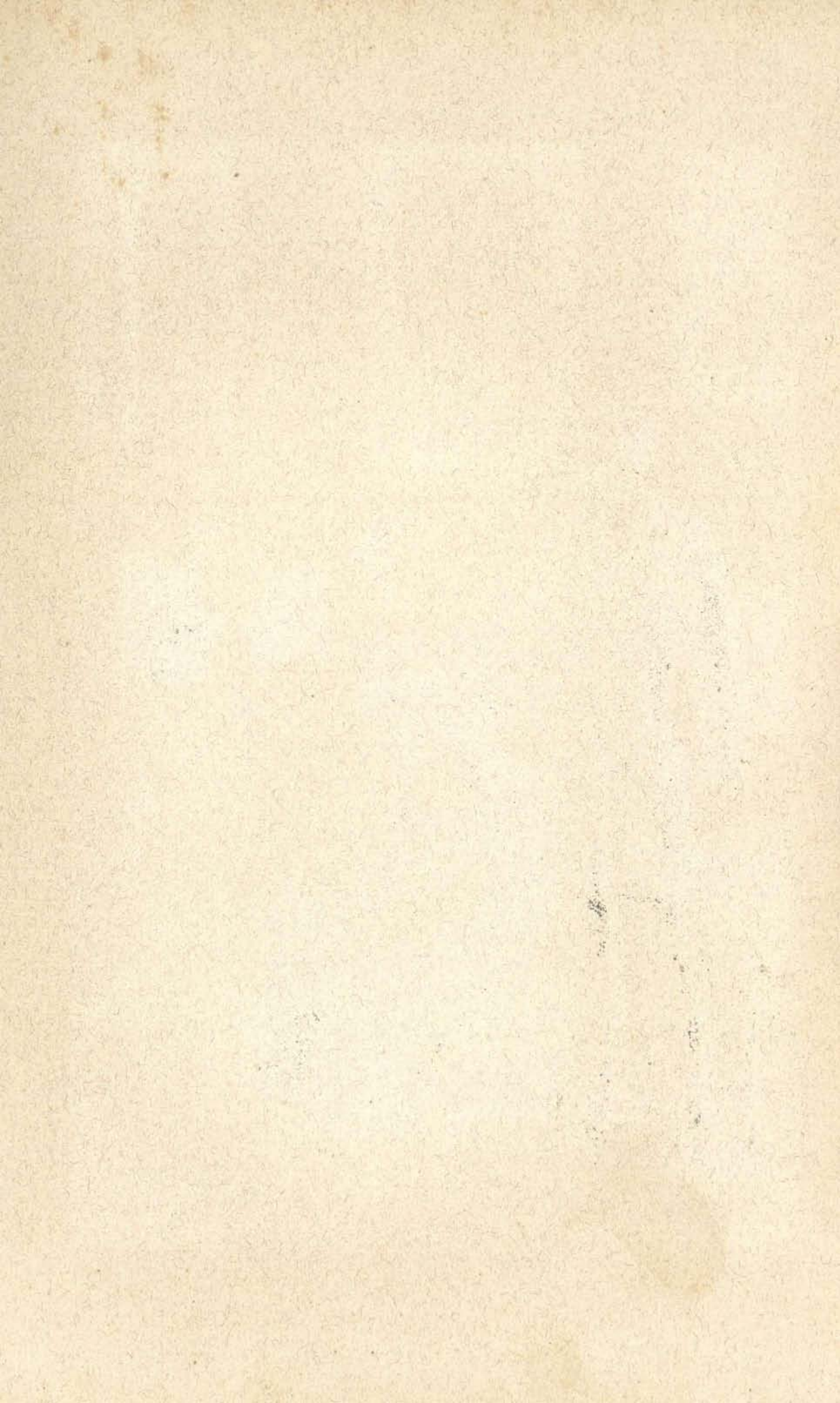
—Puede usted empezar cuando guste: respecto á negocios, creo que no media ninguno entre usted y yo... á lo menos que solventemos nosotros.

¡Ya no le tuteaba!

Aquello fué una bofetada que el marqués sintió en pleno rostro.

Ya no se podía llevar más lejos el desdén, que se co-deaba con el desprecio.









—Esta señora debe oír nuestra conversación.



A todo esto, aun no le había dirigido ni una mirada. Román bajó la cabeza como resignándose á su humillación.

—Sin embargo,—replicó,—tenemos que hablar.

—Ya he dicho que puede usted hacerlo cuando quiera.

—Pero...

Y el marqués señalaba á la abadesa.

Sofía, significando que había comprendido la indicación, repuso:

—Esta señora está aquí para oír todo lo que usted... tenga que decirme; ni puedo, ni quiero prescindir de su presencia; puede usted considerarla como á mi misma, en el caso de que yo le merezca alguna consideración.

La prelada se inclinó, mirando á Sofía como dándola gracias por sus palabras.

Pero el marqués empezaba ya á impacientarse, tomando como una burla aquella escena.

—Lo que yo tengo que decirte,—exclamó,—no debe oírlo nadie más que tú...

—Y esta señora.

—No.

—Lo oírás por fuerza, puesto que no ha de marcharse de aquí... á menos que usted prefiera callarse.

—¡Sofía!

Y Román, impaciente, subió algo de tono al lanzar esta exclamación, á la que contestó aquella con ademán reposado:



—Esta es una casa de oración y no de disputa; aquí se miden las palabras, y los que hablan dentro de sus muros, deben recordar que Dios les oye... y que Dios no es sordo.

—¡Acabemos!

—¡Yo quisiera no haber empezado!... ¡no empezar nunca!

—¿Qué es lo que intentas contra mí?

—A preguntas de esa índole no contestaré jamás.

—¿Es decir que estás del todo supeditada á la voluntad de estas gentes?

—¡Caballero!

Entonces la abadesa, sin hacer el más leve movimiento, sin deshacer la menor arruga de su blanca toca, exclamó dirigiéndose á Román, y señalándole la puerta:

—Creo que haría usted bien en salir.

Pero pronunció estas palabras con una dulzura sin igual, con un acento casi melifluo; parecía que su voz se escapaba por los agujeros de una flauta.

Todo esto enardecía al marqués, quien dirigiéndose á su esposa, le dijo:

—¡Ves que me arrojan de esta casa y te callas!

—¡Antes me arrojó usted de la mía!

—¡Dí á esta señora que se retire!

—No puede ser.

—¡Sofía, por última vez, quiero hablarte sin testigos!...

—No.

—¡Te brindo con la paz!

—¡No la quiero, si es usted el que me la proporciona!

—¡Yo siento renacer en mí el amor que antes me has inspirado!

—Y yo creo que es una deshonra el haber inspirado ese amor.

—Podemos quedar... amigos por lo menos.

—Ya es tarde para reanudar lazos que se rompieron.

—¡Viviremos juntos!

—¡Qué horror!

—¡Sofía!... ¡mira que vas á hacer de mí un tigre!

—¡Ya lo era usted antes!

—Mírame á tus piés... ¡es lo único que me quedaba que hacer!

Y uniendo la acción á la palabra, se humilló.

Entonces, fué cuando la marquesa le dirigió la primera mirada.

Sin duda no le creía tan vil.

Pero debió convencerla la evidencia, y le dijo:

—¡Une usted la bajeza á la ferocidad!

—¡Sofía!

—Basta.

---

El marqués se irguió con toda su elevada estatura, creyendo que ya se había humillado lo bastante.

—¡Está bien!—exclamó, rugiendo de ira.—Lucharemos,



puesto que tú lo quieres... pero te advierto que á mí no me intimida el padre JÚnez, ni esa taifa de predicadores embusteros, y de gazmoñas á quienes engaña...

—¡Jesús, Jesús!—exclamó la marquesa, elevando al cielo las cruzadas manos.—¡No le escuches, Señor!... ¡ni tomes en cuenta sus atroces palabras para castigarle según tu justicia!

La Comendadora entonces, tendiendo el brazo derecho hacia la puerta, exclamó con ademán imperativo:

—¡Salga usted, réprobo!

—¡Si quesaldré! ¡Me sofoca el aire que se respira en estas madrigueras... en estos cabiles, que no quisieran los lobos!

—¡Salga usted ó le arrojarán de aquí!

El marqués se encaminó hacia la puerta con pasos desiguales.

Allí se detuvo, y envolvió á la superiora en una mirada de odio, que fulguró en sus ojos como la amarillenta luz del relámpago.

Dió un paso para partir definitivamente, pero volvió á detenerse.

Y desandando lo andado, más tranquilo al parecer, exclamó de esta manera, dirigiéndose á Sofía, como si prescindiera por completo de la orgullosa monja:

—Antes de salir, quiero explicarte donde estás, y lo que se exige de ti, porque lo ignoras, y á saberlo, no era posible que permanecieras ni un minuto más en esta casa.





## CAPITULO LXXIX

### El último cartucho

**Q**UÉ iba á decir?

Sofía le dirigió una mirada indiferente, indicando que no tenía interés en saber nada, y sí en que la librase de su presencia.

No podía hablar, más que para contrariarla y ofenderla.

La Comendadora, sin atreverse á repetir la orden de salida, esperaba con inquietud.

No creía que dijese nada agradable aquel hombre que había empezado por llamar madriguera á lo que ella tenía por la casa de Dios.

Román suprimió en absoluto la forma interrogativa, queriendo evitar á Sofía la molestia de contestar sus pre-



guntas, ó asimismo el desprecio de que no las diera respuesta.

Después de una breve pausa, rompió el silencio de esta manera:

—Supongo que no estarás enterada de lo que pasa en el mundo; aquí no entrarán periódicos, ó por lo menos se evitará con gran celo que lleguen á tus manos... especialmente aquellos que pudieran abrirte los ojos...

Sofía interrumpió:

—Aunque llegaran, yo no los leería.

—¡Harias mal! Aparte de las noticias políticas y de los artículos doctrinales, la prensa, que es un centinela avanzado, hace algunas veces revelaciones, de que es necesario aprovecharse.

Uno de estos días ha referido un caso que te interesa conocer, porque estás colocada en una situación idéntica á la de la víctima, que ya no existe, y que pudieras copiar fatalmente para ti.

El hecho reciente, ha sucedido en una de las poblaciones más populosas de Galicia, donde parece que debía estar más garantida la seguridad personal, pues se trata de un secuestro como no lo llevan á cabo los bandidos de Andalucía.

Hablo de Vigo...

La Comendadora, comprendiendo lo de que aquél iba á tratar, le atajó así:

—El estado de la marquesa no la consiente sostener lar-

gas conversaciones, ni prestar su atención á relatos mundanos, que no la interesan.

Sofía asintió con la cabeza.

Pero Román, como si no hubiera oído la interrupción, ó prescindiese en absoluto de la prélada, que estaba allí contra su voluntad, prosiguió, manifestando una calma completa:

—Aparece en primer término una joven de diez y siete años, hija de unos labradores acomodados, que á sus prendas personales, unía un carácter dulce, sencillo, unos sentimientos nobles, y un respeto profundo á la religión, y á los ministros del Altísimo.

Todo esto forma á una mujer para el porvenir, cuando el fanatismo, imbuído cautelosamente, no toma parte en la educación, exaltando el espíritu, que ya no tiene nada de religioso.

La joven tenía gran complacencia en asistir diariamente á las funciones del culto, con que la Iglesia fascina las imaginaciones impresionables, é iba más allá de lo que sus padres podían esperar en el cumplimiento de sus deberes religiosos.

Pero sin que anatematizase por ello al mundo, donde se proponía representar el doble papel de tierna esposa y buena madre de familia.

El hombre que dirigía su conciencia, ilustrado sacerdote de la parroquia á la que los padres pertenecían, estaba satisfecho, gozoso de su hija de confesión, á quien él



ilustraba por medio de consejos sanos, poniéndola ejemplos vivos para que aprendiese lo que debe ser en el mundo una mujer.

Pero lleno de sorpresa, supo una vez que aquélla había escogido nuevo confesor... aunque más bien que elección libre de su voluntad, fué una imposición de alguno que debió ejercer influencia sobre ella.

Tratábase de un padre de la Compañía de Jesús...

—Basta, señor marqués;—interrumpió la Comendadora, dando un paso, con el cual perdía su rigidez de estatua.

---

Aquél, enmudeciendo, la midió de arriba abajo con una severa mirada, como si se apercibiera en aquel momento de su presencia.

Luego volvió la cabeza, con intención de continuar; pero ella volvió á insistir, repitiendo:

—He dicho que basta... y no tengo por sordo al señor marqués de Moratalla.

—Ni lo soy en efecto, cuando oigo interrupciones tan inoportunas. Tengo necesidad de hablar con mi esposa; no me la dejan ver fuera de aquí, y si ella se empeña á escucharme, ¿á qué de tratar de impedir que yo la hable en el único sitio que me es posible hacerlo?

—La historia de la monja de Vigo no le interesa.

—¡Ah! ¡Usted la conoce!

La marquesa, volviéndose hacia la Comendadora, la dijo con ademán resignado:

—Madre, déjeme que apure el tormento de oírle... ya que escucharle es imposible.

—Si me oyes, me escucharás, porque, contra el parecer de la madre, lo que yo refiero es de una gran oportunidad en tu situación.

Y prosiguió:

—Quedamos en que el padre jesuita, sin motivo ostensible de queja contra el sacerdote, se hizo confesor de la joven; pero un confesor celoso, activo, tenaz, si se me permite emplear esta palabra.

La decoración cambió por completo, como cambió el sistema de obrar sobre la conciencia.

El anterior la hablaba de Dios en el mundo, entre las luchas y azares de la vida, entre las obligaciones de una mujer que, en medio del combate social, tiene que dar ejemplos de firmeza y de bondad á su esposo, á sus hijos, á las personas que la rodean.

El jesuita afirmaba, con textos de las sagradas escrituras, que sólo dedicándose al servicio de Dios, era posible conocerle en el claustro, comunicarse con él, sentir materialmente su presencia, como la conocieron San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús.

No habia otro sitio donde Dios se hiciese visible más que bajo las arcadas de un claustro, ó al pié de los altares del coro de un convento, ó en la soledad de la celda.



Aquel hombre sagaz abrió horizontes nuevos al espíritu religioso de la joven, haciéndola ver el claustro inundado de sol, lleno del aroma del incienso y de los dulces acordes del órgano, el altar de la Virgen profusamente adornado de rosas, y el de San Antonio de azucenas, con los salmos alegres de la Iglesia, y esos cánticos llenos de esperanza y de poesía, mientras las monjas llevaban en andas sobre los hombros la imagen de algún santo ó Virgen, ricamente engalanada con los regalos de las devotas pudientes del barrio.

¡Hermosa pintura! ¿no es cierto?

La religión es una fiesta perpetua, vista de este modo, como tú la verás en esta santa casa, como el virtuoso jesuita se la enseñaba á la joven de Vigo, que llegó á echar en cara á su antiguo confesor el no haberla hablado de la religión que la pintaban los jesuitas.

Si; al lado de esta bienaventuranza, se ve que en el mundo la mujer tiene que sufrir y luchar para criar sus hijos, y ser la digna compañera de su marido, ¿qué extraño es que se prefiera la quietud, la paz mística de la casa que Dios destina á sus vírgenes esposas?

Es más: el confesor descubrió en la joven una cosa que ignoraba, de la que no tenía idea ninguna, porque para ciertos descubrimientos, no hay nadie como un ministro de Dios.

La joven tenía una vocación decidida al claustro.

—Si no la tenía, ¿quién la obligó á profesar?—preguntó la Comendadora defendiendo á un ausente.

—Y si la tenía, ¿cómo quiso abandonar después el claustro y no se lo consintieron?

—Su familia, mal aconsejada...

—¡Ah, señora!... ¡ya se ha averiguado después de quienes procedían los malos consejos!

—Señor marqués,—dijo la monja ladina, tratando de que terminase el relato picándole el amor propio,—me extraña que una persona de educación como usted, nada novicia en el trato social, esté dando pruebas de que en ciertos momentos pueda olvidarse de lo que uno ha aprendido desde la cuna.

Román se inclinó, como agradeciendo aquello que tanto tenía de cumplimiento como de epigrama, y sin darse por vencido, se apresuró á replicar:

—No puede haber descortesía en el relato de un caso que la prensa ha hecho público, y en el que han tomado parte las autoridades, aunque con poca fortuna... y permítame usted que añada que, tomándolo como dice, somos muchos los que incurrimos en descortesía.

—Pero cuando median personas, cuyo augusto carácter debe ponerlas fuera de toda crítica...

—La conducta de esas personas no es indiscutible.

—Ni esta santa casa es tampoco la plaza pública...

—Es que la plaza pública no me ha autorizado nunca para que yo falte á la consideración que merecen las personas que me escuchan.



La marquesa sufría con aquella discusión que indudablemente molestaba á la prelada.

Y conociendo que su esposo no cedería en lo que se había propuesto, que ella ignoraba, le dijo, con aire de quien se resigna á oír lo que no quisiera:

—Suplico al señor marqués, que abrevie tanto como pueda.

—Si yo no comprendiera que lo que voy á decir es de utilidad, ya hubiera enmudecido. Así pues, prosigo, con el permiso de esta señora.

La Comendadora lanzó un suspiro, y aquel volvió á hacer uso de la palabra.

—La niña á quien me refiero, porque aparte de la edad era una niña, llegó á convencerse por el lenguaje de su nuevo padre espiritual, de que efectivamente tenía vocación al claustro, y de que fuera de él, no había dicha completa en la tierra, debiendo compadecer á las personas que preferían el mundo, donde las almas están tan á punto de perder su felicidad eterna.

Y así se lo hizo comprender á sus padres, añadiendo que su resolución de abandonar su casa y su compañía era irrevocable.

Noticia fatal para un padre amante de su hija, por más que sepa que ésta va á desposarse místicamente con Jesucristo.

Sin embargo, los de la joven no se opusieron á su resolución.

Unicamente trataron de aplazársela, porque aquélla, en el débil desarrollo de su naturaleza, presentaba los síntomas de una enfermedad mortal, y según el parecer de los médicos, el claustro no es sitio á propósito para el alivio de ninguna dolencia, y si, puede precipitar su curso.

Pero el parecer del médico del alma, era opuesto á lo que indicaba la ciencia, y como autorizada por él la joven insistía.

—Eso prueba lo fuerte de su vocación,—interrumpió la Comendadora.

—O la influencia que sobre ella ejercía el jesuita.

—Señor marqués, no estamos ya en aquellos tiempos en que se cohibían las conciencias...

—Dice usted bien, señora, los actuales, en lo que á esas cosas se refieren, son algo peores que aquellos en los que servía el claustro para tiranizar voluntades, y consumir energías.

—¡Sin embargo, en aquella época no había prensa libre-pensadora!

—Eso es lo que podía disculpar en parte los excesos de nuestros antepasados; pero hoy, á pesar de la prensa que defiende la libertad del pensamiento, los excesos continúan... lo cual aumenta la responsabilidad de aquellos que cuentan con medios para evitarlos.

Reasumiré, pues, porque no quiero molestar.

La terca resolución de la joven consiguió de sus padres que la permitieran entrar como novicia en un convento de



la población, sin perjuicio de que volviera á su casa si la enfermedad iniciada seguía desarrollándose.

—¿Dónde está entonces la coacción que se supone?

—En que había firme propósito de que los de su familia no se cumplieran, para lo cual se hizo de modo que la comunicación de la novicia con aquélla, fuese cada vez menos frecuente, hasta que se interrumpió del todo.

—¡Eso no pasa de ser una exageración de la prensa!

—Señora, son hechos probados judicialmente.

—¡Bah!

—Aquel género de vida á que la novicia no estaba acostumbrada, fué un auxiliar poderoso para que la enfermedad se presentase á cara descubierta.

—Lo mismo hubiera sucedido en su casa.

—No digo que no; pero en su casa tenía á la madre que la asistiese con la medicina del cariño, del desvelo, que es tan eficaz ó más, que las de la botica...

—¿Va usted á hacernos creer que en el convento estaba totalmente desamparada?

—No; porque no tenía cuenta que la joven muriese tan pronto.

—¿Usted extraña que la compasión y el amor se interesaran en salvarla?

—Lo que me extraña es que esos dos afectos tan hermosos, desaparecieran en el momento de tomar aquella el velo.

—¡Señor marqués!... está usted prejuizando intencio-

nes de personas, cuyo carácter y ministerio deben ponerlas á cubierto de ruines sospechas.

—Señora; estoy refiriendo hechos de una exactitud incontestable, y hechos que por su naturaleza han indignado la opinión, poniendo alerta el desvelo de aquellos que tienen hijas jóvenes, y las ven á los piés de un sacerdote en el tribunal de la penitencia.

Esta vez fué la marquesa la que le interrumpió, exclamando:

—¡Román!

Creyó que llamándole por su nombre, y no por su título, su voz ejercería más autoridad sobre su esposo.

Desconocía el hecho que éste narraba, pero por el gesto de la Comendadora, que sin duda estaba en autos, comprendió que se trataba de algo molesto para ella, y que debía mortificar su amor propio de religiosa.

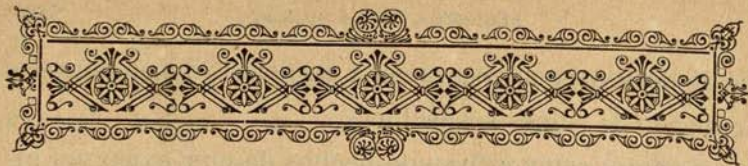
Pero al marqués, decidido como estaba á ir al terreno á donde le habían conducido, no le hizo efecto la interrupción.

Acaso el relato de aquel hecho sombrío que ha presenciado absorta una pobiación importante de España, era el último cartucho que quemaba en pró de su causa, que veía próxima á perderse, por la calidad de las personas que tenía en frente.

Sin desconcertarse lo más mínimo, prosiguió así:

---





## CAPITULO LXXX

¡No hay peor sordo!...

**G**LLO es que los padres de la joven, que llamaban ya en vano á las puertas del convento, pues se les negaba el consuelo de ver á su hija, supieron que la dolencia, de la cual no había más que síntomas, se declaraba ya con aterradora franqueza.

Su hija podía morir ausente de su casa y lejos de su lado.

El atribulado padre solicitó hablar con la abadesa, lo que no pudo conseguir en dos veces.

Aquella piadosa señora estaba siempre ocupada, ya rezando en el coro con la comunidad, ya en el cumplimiento de los deberes de su espinoso cargo.

No tenía tiempo más que para recibir á los devotos que

llevaban limosnas al convento, en dinero ó en especie, y para consultas mucho más graves é importantes que la salud de una joven encomendada á su cuidado.

Entonces el padre, no teniendo otro recurso de que echar mano, y siguiendo el consejo de algunos amigos, y el de sus propios dolores, recurrió por escrito al gobernador de la provincia, dándole cuenta de un caso que, por lo anómalo, empezaba á ser escandaloso.

---

Perfectamente enterado, y resuelto á cortar el abuso, ordenó que el médico del convento, en compañía de un colega de la población, visitase á la novicia.

El reconocimiento se verificó sin inconveniente por parte de la abadesa, y contestes ambos facultativos, declararon que la joven padecía una ligera lesión de los pulmones, que podía aliviarse, y acaso desaparecer con un tratamiento especial, opuesto en un todo á la vida del claustro, para lo cual era preciso que la joven respirase otra atmósfera más pura y más templada.

El padre pidió la exclaustación, y el gobernador, aunque rehusando el tener que luchar con la autoridad eclesiástica, ordenó que uno de sus delegados se presentase en el convento.

La abadesa, para no incurrir en responsabilidad, se atuvo á las manifestaciones de la novicia.



Esta declaró que su salud era inmejorable, que estaba allí por su libérrima voluntad, y que contaba para ello con el asentimiento que su padre le había otorgado.

¿Qué más se podía hacer?

Sin embargo, el anciano no estaba satisfecho; había dado su consentimiento, es verdad, pero haciéndole depender del estado de salud de su hija.

Llevó una segunda instancia; se ordenó otro reconocimiento facultativo; pero la superiora se negó rotundamente á permitir la entrada de los médicos, escudándose con una orden del Obispo que lo prohibía, única autoridad á quien tenía que obedecer.

Mediaron algunas contestaciones entre la autoridad civil y la eclesiástica; el gobernador, para salvar su responsabilidad, pidió á la Comisión provincial que informase con toda urgencia sobre aquel caso.

El informe de aquélla fué en todo favorable al pobre padre; pero el obispo negó la competencia á la autoridad civil para dirimir la cuestión.

Al mismo tiempo ordenó á la superiora del convento que sin una orden suya no entregase á la novicia, conminando á la autoridad civil para que modificase cualquier acuerdo á fin de no incurrir en las penas canónicas, si llegaba á atropellar el fuero de la Iglesia.

Pero el gobernador no creía que esto era justo, ni que nada autorizaba la conducta del Obispo que, á su parecer, no era más que una tenacidad.

Mandó al convento uno de sus delegados, autorizándole para emplear la fuerza, si la resistencia de las monjas hacía necesario tal extremo, lo que no sucedió.

La abadesa se presentó en el locutorio manifestando que la novicia había tomado el velo á las seis de aquella mañana, por orden del señor Obispo, y por consecuencia, desde aquel momento quedaba fuera de la jurisdicción civil.

---

El marqués hizo una pausa, que aprovechó la Comendadora para decir:

—Pues bueno, todo eso es muy natural, y sólo prueba la verdadera vocación de la joven, que la veía contrariada por su familia, después de tener su consentimiento: no sé lo qué se ha propuesto el señor marqués al referirnos ese caso que no tiene nada de particular.

—Si no hubiera más que eso, que no es poco, no digo que no tuviese razón la madre,—replicó el marqués.

—¿Luego hay más todavía?

—Si, señora, una segunda parte, que es la que tiene verdadero interés, y la que encierra una gran enseñanza.

—¿No podríamos prescindir de ella?—preguntó la marquesa, evidentemente molestada.

—Es muy breve.

—Sin embargo...



—Por nada en el mundo dejaría de referirla.

—La madre tiene sus ocupaciones, y no es justo...

—Yo no quiero interrumpirlas, y puede prescindir de acompañarnos, porque la lección á que me refiero, no será más que contigo.

—Mi edad me pone en el caso de no recibir lecciones.

—Permite que no sea de esa opinión; aún en la senectud, de la que afortunadamente estás lejos, hay algo que aprender.

Sofía resignada, suspiró.

En cuanto á la Comendadora no hizo caso de la anterior indirecta del marqués para que despejara, si en efecto sus ocupaciones la reclamaban en otro lado.

Aquél prosiguió:

—Se había realizado la obra, hábilmente preparada por el confesor: la Iglesia había triunfado de la naturaleza...

—¿La Iglesia?—preguntó la monja, dando gravedad á su acento.

—La Iglesia no; como campo de sagrada doctrina está muy por encima del campo donde luchan las ambiciones de sus ministros.

—Ambición muy digna por cierto, la de que su alma se separe de la senda del pecado, y se una á Dios.

—No todas las sendas que hay en el mundo son pecaminosas; en él también se ejercen todas las virtudes que puedan dominar en el claustro.

En fin, ante aquel hecho consumado por artes... no

muy correctas, el padre y la madre bajaron la cabeza, esperando que su hija, luego de realizada su voluntad, los llamase, en señal de que no había renunciado á su cariño.

Pero esperaron en vano; ni un mal recado, ni una carta, aunque la dictase la superiora... ¡es verdad que las monjas no escriben!

Pasaron seis meses.

En ese espacio de tiempo, ¡sobrado largo cuando se espera y no se alcanza! el padre y la madre llamaron algunas veces al torno del convento, solicitando humildemente el inmenso favor de que les permitiesen ver y hablar con su hija... verla nada más, ¡con eso se daban por contentos!

Pero tenían el poco acierto de pretenderlo, siempre que la religiosa estaba ocupada, en sus ejercicios, ó en sus penitencias, ó en sus obligaciones místicas.

Ni una vez llegaron en momento oportuno.

Preciso fué convencerse, pues no la creían tan desnaturalizada, de que no se la dejaban ver, de que su hija había muerto para ellos.

¡Ay! El exceso de devoción en los hijos es causa de que los padres derramen muchas lágrimas, y sientan su corazón triturado por muchos dolores.

Debe ser muy triste para un padre, perder á su hija sin que haya muerto, ni esté siquiera ausente de la población en que aquél reside.

¡Sabe Dios lo que pasaría en el hogar en que había un sitio que nadie ocupaba!



No hay cosa más fatal para un ave que ver el nido abandonado por sus polluelos.

---

Una tarde recibió aviso, pero un aviso casual, por medio de un amigo del médico que prestaba sus auxilios en el convento, de que la religiosa estaba tan sumamente grave, que se desesperaba de su salvación.

Aquella era la primer noticia que tenía la familia, no ya de la gravedad sino de la noticia.

La joven estaba enferma, estaba acaso moribunda, y se había prescindido de todo aviso... ¡ni un mal recado!

El padre, entre furioso y afligido, se dirigió al convento, resuelto á entrar.

Pero aquella vez nadie pensó en cerrarle el paso.

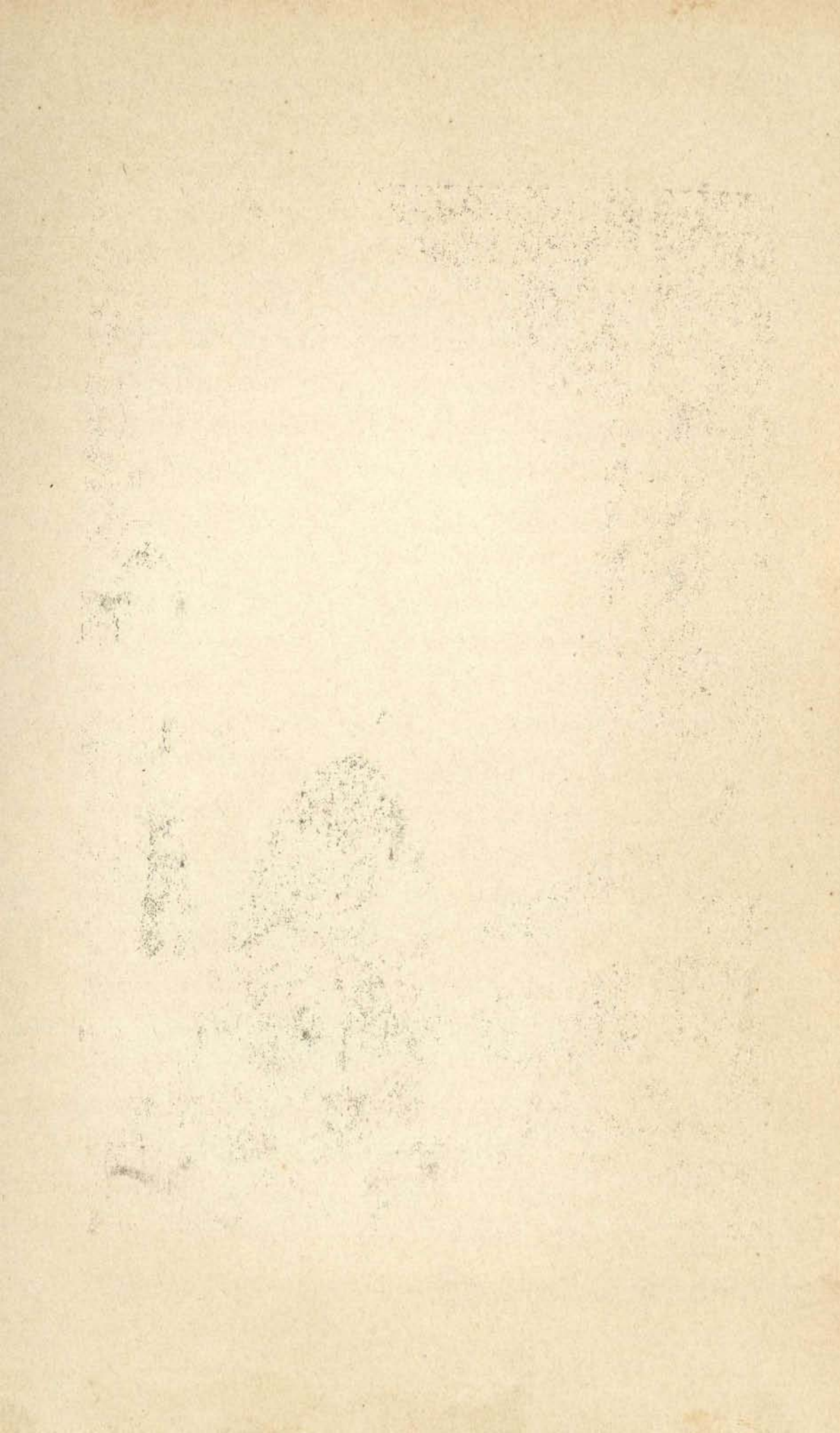
Dióle entrada una puerta del locutorio que comunicaba con el claustro, y señalándole una habitación próxima, la hermana tornerá le dijo lacónicamente:—«Ahí está.»

El afligido anciano entró, palpitándole la alegría en el pecho.

Pero al dar el primer paso, retrocedió.

En el fondo de la estancia, debajo de una alta ventana, cubierta con una cortina de lienzo, había un pobre altar, con un crucifijo, iluminado por dos velas, que chisporroteaban.

En medio, en el suelo, se veía una tarima en declive, cu-









bierta con un paño negro y carcomido por los extremos, lleno de gotas de cera, sobre la cual yacía un cadáver vestido con hábito del Carmen.

La pálida cabeza reposaba sobre un almohadón de terciopelo, negro también, que ostentaba manchas grasientas, acaso resudor de muchas agonías, y estaba rodeada de un monjil blanco, lleno de arrugas.

A los piés del pobre lecho mortuorio, una monja recitaba con voz gangosa, los salmos de la penitencia.

El anciano permanecía atónito.

Aquel cadáver era el de su hija.

El había dado al convento una niña respirando juventud; el convento le devolvía un esqueleto.

No pudiendo contener en silencio el dolor que le partía el corazón, exclamó, cruzando ambas manos sobre el pecho:—«¡Muerta!... ¡muerta!... ¡hija mía!»

---

Sofía, como si tuviera delante de sus ojos aquel cuadro desgarrador, sintió correr por sus pálidas mejillas algunas lágrimas.

La Comendadora permanecía rígida, impasible.

—Al siguiente día,—dijo el marqués prosiguiendo su relato,—como si fuera á darle el pésame y después de hablar de las virtudes de la niña, el confesor exigía al anciano trece mil duros, que era el quinto de la herencia



paterna que correspondía á la religiosa, y del que podía disponer, por medio de un testamento autorizado en regla.

La infeliz dejaba aquella suma á la Compañía de Jesús.

Esta es la segunda y última parte de mi relato; ¿qué te ha parecido? ¿Verdad que está llena de edificación? ¡Tal vez en ella estaba encerrado el secreto de la vocación de aquella pobre muchacha!

---

La marquesa hizo un gesto, como demostrando el disgusto que la producía todo aquello.

Al oír la conclusión de Román, la abadesa se apresuró á replicar:

—¡Cómo! ¿supone usted que el piadoso confesor de aquella, obró impulsado por el vil interés de esa mercancía?

—No es que lo supongo, sino que lo afirmo.

—¡Caballero!

—¿Cómo es que esos secuestros místicos no se hacen con hijas del pueblo, que no tienen que heredar más que la miseria de sus padres?

—¡Rechazo esa afirmación por calumniosa!

—No tengo empeño en que usted la admita, me basta con que la admita la opinión.

—Extraviada por esa prensa moderna...

—Autorizada por el hecho... por un hecho que escandalizó hasta á las autoridades que intervinieron en él, como

su conducta débil escandalizó á las gentes de buena fe, á los mismos que practican el dogma católico... en verdad que el dogma se opone á esas atrevidas mixtificaciones, á esa perversión del sentido moral y religioso.

---

La abadesa se mordió los labios con despecho: á su juicio era un atrevimiento que, en su propia casa, se dirgiesen tales cargos á personas que pertenecian á la Iglesia.

No podia negar el hecho, pero si protestar á su modo.

Y dejando á un lado lo principal de la cuestión, que se imponia de un modo brutal como un hecho consumado, replicó:

—¿Y por qué ha juzgado necesario referirnos ese caso?

—Por mucho que me honre su atención, yo no he venido aquí á hablar con la madre, sino con mi esposa, ella no me interroga, y no debo contestar.

—Es que yo hago mia la pregunta de la superiora,—dijo la marquesa.

El marqués vaciló; iba á contestar lo que sin duda se le ocurría, pero la presencia de la abadesa le hizo medir sus palabras.

—El caso que he referido,—replicó,—me lo sugiere el saber que tu director espiritual es un jesuita.

No le faltó más que añadir: «Y que tú tienes una fortuna considerable, y eres mayor de edad.»



Pero la abadesa debió darlo por añadido, porque encarándose con Sofia, dijo, como pidiendo una satisfacción:

—¿Nada tiene usted que replicar á lo que dice ese... el señor marqués?

Sofia respondió con dignidad:

—Que yo he confiado la dirección de mi conciencia á una persona ilustrada y digna, cual conviene á mi decoro, sin consignar si pertenece ó no á la Compañía de Jesús, por más que este es un título de honra: sus consejos serán mi norma.

—¿Sus consejos espirituales?—preguntó Román.

—Todos aquellos que me dirija.

—Ya lo oye usted, señor marqués; esas... historias que usted refiere con tanta riqueza de detalles, sólo pueden hacer efecto entre el vulgo mordaz y estúpido al mismo tiempo, para quien la calumnia es una necesidad, pero no en aquellos que saben distinguir el oro del oropel... en cuyo caso está la señora marquesa.

—Basta... aléjese usted;—añadió ésta sin ira ni rencor. —Todo cuanto intente para destruir lo que me he propuesto, será inútil.

La Comendadora le miraba con aire de triunfo, á pesar del relato de la monja de Vigo, que Román sacó como el Cristo los misioneros; había ganado la partida.

Pero Román, antes de soltar la tabla de salvación, como el náufrago que se ve sin fuerzas para luchar, exclamó, dirigiéndose á la marquesa:

—¡Sofia, que mis advertencias no sean inútiles!...

—No tengo que escuchar ninguna de usted.

—¡Por última vez!

—Hace ya mucho tiempo que usted viene haciendo oídos sordos á las mías.

—¡Oh!... ¡Sofia!

—¡Basta, caballero!—dijo la Comendadora ofreciendo el brazo á la enferma, que se incorporó, apoyándose en él. Ya que el marqués prefería quedarse, saldrían ellas.

Román lo comprendió.

—Basta, efectivamente,—dijo.

Y se dirigió hacia la puerta con descompuesto ademán.

Una vez en el dintel, se volvió exclamando:

—¡Señora marquesa... nos veremos!

